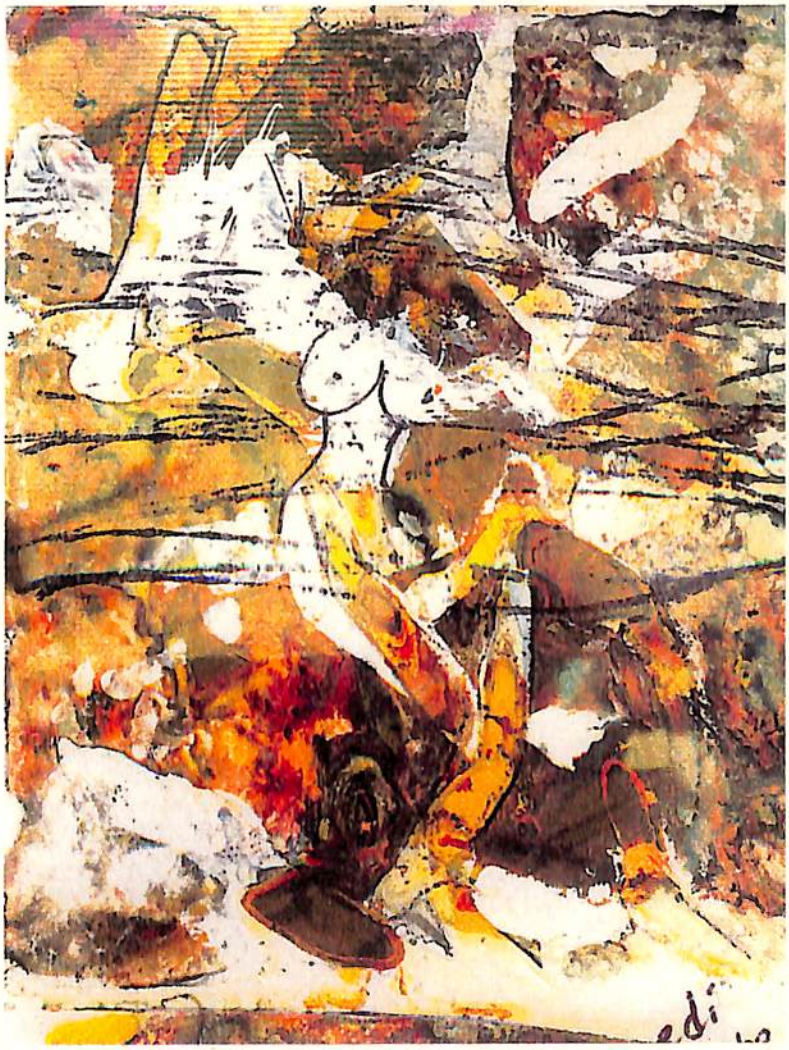
Monichi

JORGE OCHOA



CONACULTA • CECUT

Monichi

CENTRO CULTURAL TIJUANA

Rafael Tovar y de Teresa
Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

María Cristina García Cepeda
Secretaria Técnica

Alfredo Álvarez Cárdenas
Director General del Centro Cultural Tijuana

JORGE OCHOA

Monichi

CONACULTA • CECUT

Ilustración de portada: Edi Jacobo

Diseño: Ana Edith Hernández

Primera edición: 1999

© 1999, Centro Cultural Tijuana
Paseo de los Héroes y Mina s/n, Tijuana, B.C.

ISBN 970-18-1150-X

Impreso y hecho en México

Sin el deseo ladrador de sumarme
a la impostura y de que el ardid se encarne,
queda este aullido eternamente encendido
para Fidelia Caballero Cervantes

Yo denuncio a toda la gente
que ignora a la otra mitad,
la mitad irredimible
que levanta sus montes de cemento
donde laten los corazones
de los animalitos que se olvidan
y donde caeremos todos
en la última fiesta de los taladros

Federico García Lorca

PRESENTACIÓN

La publicación de una obra premiada es siempre una fiesta del espíritu, en ella se regocijan los anhelos del autor, el trabajo de quienes lo convocan y por supuesto, el placer de los lectores. Dar a conocer un libro que fue escogido por los especialistas de entre un conjunto de obras, por ser el que mejor reúne las virtudes literarias de su tiempo, es un bien esperado por muchos y observado con el ojo penetrante de la crítica.

El Premio Nacional de Literatura Abigael Bohórquez nace en 1995 con el nombre de Certamen Regional del Noroeste convocado por el Centro Cultural Tijuana y la Sociedad General de Escritores de Baja California en dos categorías y géneros: poesía y cuento para menores de 25 años y también para los escritores mayores de edad. Los ganadores de aquel certamen fueron en poesía: Mario Bojórquez, Tizoc García, Delia Valdivia, Heriberto M. Yépez, Óscar Villegas y Javier González, mientras que en cuento: Javier Mendoza, Teresa Palau, Elizabeth Cazessús, Javier González Cárdenas, Omar Yñigo y José Francisco López. Los trabajos premiados fueron reunidos en los volúmenes, *Invocación al mar* y *Por las avenidas*. El jurado estuvo constituido por Abigael Bohórquez, Dionicio Morales y Lauro Acevedo, algunas semanas después, el poeta sonorense Abigael Bohórquez murió en Hermosillo causando un gran pesar en las letras mexicanas y especialmente en el noroeste del país, donde su magisterio y compromiso literario dejó una honda huella en las nuevas generaciones de escritores.

En 1996, se le rinde homenaje al poeta en el Palacio Nacional de Bellas Artes con la publicación de su libro póstumo *Poesida*, editado por Ediciones los Domésticos con el patrocinio de las principales instituciones culturales del noroeste. Al convocarse de nueva cuenta este premio, se adopta el nombre del poeta, participando trabajos en los géneros de ensayo y novela bajo las mismas categorías, resultando ganadores en ensayo Alfredo Ortega Trillo, Heriberto M. Yépez y Fran Ilich; y por novela, Javier

González Cárdenas, siendo publicados en los libros *Norte y Sur. Reflexiones frente a un tomate y otros ensayos* y *Esto es lo que pienso de ti.* El jurado estuvo integrado por los escritores Luis Cortés Bargalló, Sergio Gómez Montero y Guadalupe Aldaco.

En 1997, muere Jorge Raúl López Hidalgo principal promotor del premio y se funda la Editorial Yoremito en honor del poeta Bohórquez, para este año el premio se convoca a nivel nacional en los géneros de poesía y cuento aumentando los montos en efectivo y el número de páginas, resultando ganadores en poesía: Jorge Ochoa, de Sonora, con el libro *Monichi* y Roman Lujan, de Querétaro, con *Instrucciones para hacerse el valiente* y en el género de cuento: Ramón Betancourt, de Baja California, con *Memorias y otros riesgos* y Ernesto Moncada, de Sonora, con *Siete pares de ojos.* El jurado lo constituyeron Ignacio Betancourt, Silvia Jaimes y Citlalli Xochitiotzin.

En el año de 1998, se definió el premio para el género de ensayo por ser éste poco convocado por las instituciones, obteniéndolo en las dos categorías Gabriel Trujillo, de Baja California, por *Testigos de cargo* y Fernando Fabio Sánchez, de Coahuila, por *Muerte, sucesión y sueño.* Fungiendo como jurados Vicente Quirarte, María Edma Gómez y Bernardo Ruiz.

1999, es un año decisivo para el premio Abigael Bohórquez, pues asegura su permanencia y prestigio en el panorama literario mexicano al ser convocado por el Fondo Regional del Noroeste, organismo que reúne los esfuerzos de las instituciones culturales de la región: Instituto Sonorense de Cultura, Instituto Sudcaliforniano de Cultura, Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional de Sinaloa, Instituto de Cultura de Baja California, Centro Cultural Tijuana y Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Regional del Conaculta. Este año el premio fue otorgado a Héctor Orestes Aguilar por su libro de ensayos *Apuntes para una geografía del limbo* y el jurado fue integrado por Ignacio Solares, Evodio Escalante y Dionicio Morales.

Esta ha sido la historia de un certamen, que día con día acrecienta su prestigio y se vuelve un hito histórico en las letras de nuestro país.

ALFREDO ÁLVAREZ CÁRDENAS

Traspatios

Mi corazón, es tarde y sin orillas,
el día como un pobre mantel puesto a secar,
oscilaba rodeado de seres y extensión:
de cada ser viviente hay algo en la atmósfera:
mirando mucho el aire aparecerían mendigos,
abogados, bandidos, carteros, costureras
y un poco de cada oficio, un resto humillado
quiere trabajar su parte en nuestro interior.
Yo busco desde antaño, yo examino sin arrogancia,
conquistado, sin duda, por lo vespertino.

Pablo Neruda

A saber, fundir la diversidad con el tosco escaparate del hombre hecho negado a la palabra, es el único deber real de lo poético: proponerse erguir al ser incomprendido en la individual revolución de la minucia, que no querrá decir jamás precisamente bocado ni bostezo, sino saber nadar lo mismo en uvas de colores que en el gajo último de una airosa mandarina.

Pero también en esas junglas instantáneas, en esas entrevisiones escapadas de los truenos denigrantes donde eructan los ángeles, ocurren a su vez en manos de ogros ciegos falsos panales de alegría, y entonces al carajo incluso la noche mexicana. Sensualidad común con los zapatos debiera de existir en los textos simples que da la llamarada guardosa de esa estrecha comunión con la libertad regada de los patios, cuando apenas el alba milagrea mariposeando sus escobas, sus ladrillos y sus trastos.

Necesitamos sí, respeto a la diferencia y resurrección de fuerzas para alzar en puño nuevamente la sencillez que nos legaran los maesteros amantes de montañas y cebollas; a los que nos mostraron ese extravío lampo y generoso que se asienta al fijar los ojos en ese costurero amarillo, aquel catalejo, estas clavellinas que se dan como un incendio. Sin embargo, para ganar todo ese gusto carnal por el amor terroso, primero, en forma igual, tendremos que desangrarnos todavía en el picor basílico del clavicordio, seguir rodando, llorar la música, la poesía, y si ya no queda otra salida, entonces, en todo mal, habrá que defendernos con las armas de las balas.

Ya tomará todo sudante minucioso la palabra
para que vuelva el hombre mundial a pensar en poquito,
en brevedades y minucias,
en versos herrumbrados y profundos.
Ya tomará todo desdichado luminario la palabra
para que en cada bocanada de tierra perfumada
se piense en albañiles, hojalateros, trapecistas
y bandejas abolladas,
cuando se frote en la salud y la región el porvenir terrestre.

Cualquiera se encuentra por ahí un ruego perdido
o a una mujer llorando,
esta pesadilla que guarda el santo relicario
y el zumo, siquiera, de un bocado.

Y en correspondencia apátrida el hermoso pentatlón
se afina la garganta maldita con discursos y con flan.

Entonces a uno le crujen los huesos
como si quisieran vivir.

Pero ya ve.
Aquí está todo lleno de leyes y de huesos,
cámaras y botellas,
de uno, otro y otro, que se echó a ladrar.

En estas hojas de dolores ronda un sopor que huele a Alma,
algo que medita y sangra y se embellece;
un gajo de amor que desafía a la guerra
con la misma fuerza del brazo con que labraba
El Caballero de la Triste Figura en sus andanzas:
débil como un toro, pero recio como un pájaro.

Aquí eructan los ángeles.

Las perras lamen sus engendros,
lo mismo que no es difícil mirar
cómo ella se lleva los dedos a la boca, espantada.

Quise morir con su cabello en mi cara y no pude:
dígasele, por favor,
que por ahí le dejo algunos besos, dos reclamos,
y lárguense pronto a enriquecer lo suyo.

La alta, luminosa, responsabilidad de la vida,
navega aladamente presurosa
malsangrando de la soberbia sus ladridos.

Como en desbandada se despoja
de este colorido miserable,
de estos médanos de espesura lujuriosa,
de este jubiloso y rabiante asunto carnicero.

La calamidad buñuela lo sensato,
pero la humanísima Justicia, entre los recios,
se come como el encantado o dolorido pan con queso.
Y las agrias cabalgaduras pardonas de las tardes,
se embanderan
fuera de los falseos de cabrones y de ilesos.

Mendigante el sol nunca se pone ni sobre el monte
ni bajo tendederos,
remedo de dos falsos mientos que pelean en mí.

Un embeleso fraguado me dice
que el verde es campaneo de lo diurno y el invierno;
otro, que la ropa, el pelo y los zapatos
son un solo corazón donde no existe el norte, el sur.

Pero fuera de todo escondrijo bendecido o tenebroso,
he vivido el aire
atravesando un tanto de nogales uniformes
imitando íntimamente al mar.

He aquí que no se ha fantaseado entonces
en decir que el impacto primero de la ruina,
fue la precipitada resonancia atolondrada
de seguirte como el mero precursor de la tortuga.

Me basto
para no enredarme gloriosamente
en la búsqueda de basiliscos o unicornios,
en cientos de mujeres
con nombres de ornamento o de delicia; pero
quien perdure aún huérfano de esfuerzo cotidiano,
del amor convidado
y puesto en las poltronas de un traspatio,
y en el sorbo de leche o limonada,
que no venga entonces a dejarme ni a dejarnos
chisteras con jadeos metafísicos,
ni garlitos semestrales
para darse en la cuadrícula de la letra maniatada.

En la pelambrera infante de los tantos días,
aprendí a rumbar desde muy chico
con este llanto ocre, insensato, infinito;
pero gocé también meterme
con todos los ojos del mundo y mis fuerzas
en los gajos reveladores
de las tardes terrosas y las mandarinas,
y supe de los montes lloviznados
la imensidad de su verdura mancillada
y sus insectos,
que se van grabando con los ojos y las patas
la infinitud de tanto descubrimiento lampo
y besos muertos rodando por ahí.

Hoy alcé la ebria mañanita Guevariana con violines pajareando;
desoí a las talentosas bestias
y puse en fila india a todas las Jeannete's del mundo
para besarles el hocico. Lloré chiflidos clave, palomares,
cardenales guerrilleros, y me perdí turbado
entre tríos y poemas cartos.

Hoy me he preguntado qué es el oeste y qué es el greyvi,
y quién será el tonto que desee la inocencia
de una mujer que lleve por la chichi un caballito.

Hoy defiendo los callos de mi mano y mis piedras,
porque igual laboro dentro de ladrillos,
que entre tanto y tanto irrefutable pajarito.

Así es que paso averiguando
qué son lémures;
soñando para afuera que un amigo mío
quiere abejas dentro de la casa
y con alfiles.

Pero al estar aquí, así,
lo mismo da mirar
un cordelito a punto de romperse
que miel rosita.

Ya el maldito babeante todo lo ha turbado.

Por eso exijo ahora quitar luz a la metáfora
y dar pan a las muchachas
que cambian sus carnes por techo o por bolonia;
aplaudir llorando jugo enamorado a la simplicidad
monstruosamente hermosa del rábano y garlopas.
Pero antes que nada,
extraer como se pueda de las piedras avena,
fruta, leche, y proteger de Dios a esas muchachas.

Y las soberbias colegialas
empezar siendo amas de hogar pacíficas;
no venir de una aventura galante
sino de los idilios rurales,
del empuño laboral de los talabarteros
y de trabajos en carretilla con su llantita arruinada.
Vivir la alegría del aromar del pan caliente,
la tristeza infantil,
los gritos contenidos en los pozos del pecho.
Vivir sin tapujos el deseo de zapatos nuevos,
la destreza natural de mujeronas meneando sus empeños
y la ternura total de las cabritas hinchadas,
porque esa es la vocecita con riqueza que trepa:

la voz que se ha alzado desde los nobeles
e idiomas que de amor se bendicen y de amor se delatan.

Sólo porque de pie se va de pique
habrá de perecer fingiendo
la traída y llevada suspensión de amor en desvarío.

Embrolla tanto la defensa de serpiente
como el zarpazo en detenido vértigo.

Igual, centineleando digo,
que se tiene por enfermante o gris a los milenios,
porque buen motor para cegar han sido
las aspas dientonas y cazurras de las putas,
y no la madrugada trabajada sin baratas
ni el astro gemelo de la espuma y
menos, más que mucho menos,
la ternura por llorar de un niño cabeceando.

Por pasar y pasar bajo rosarios de viudas verdes
y atontadas gritando su esqueleto,
vino a nacer femenina de carnalidad
y apetitos vetustos
entre la gritería de la carne venturosa
y un silbato y un silbido de luz.

Vino a crecer entre palabrotas de mecánicos gruñones
deseando fumar rápido, tinas plásticas,
una casona general de piedra grava y pisos de adoquín.

Domingamente grabó su espíritu en troncos,
lápices, en la cal suelta de las paredes
y en las bocas terroríficas y hediondas de los léperos;
por pasar y pasar bajo rosarios de viudas verdes
y atontadas gritando su esqueleto,
vino con su nombre entre las manos a morirles y a nacer.

Cada uno por su parte pone a la existencia
sonajeros con labrados preciosistas y confeti,
por mera gratitud de poseer la vista
para atestiguar la historia propia,
colmada de momentos mandarinos e impuntuales.

La vida personal y definida
es estrictamente sincera y terrible,
pero en ella llevo
mis primeros deletreos con la maestra Clara Luna,
el pantalón arremangado del amigo pescador que llaman «Chano»,
un acostón con una puta,
un triciclo rojo con el Tío Gerardo pedaleando,
una hermosísima mujer de cabellera abundosa,
un letrero en punto subliminal,
un cascarón encallado, una madeja,
una tórtola que bebe, una gaviota que vira,
una carroza abollada, un campanario y un ciego.
Inundar con la vista nubecitas que rebotan,
un marinero viejísimo,
una cantimplora olvidada, un costurero amarillo
y una beldad que nunca pudo lograr el haberme matado.

Si por ejemplo en un octubre cualquiera
quedase mi calavera iracunda
cubierta por muelles oxidados,
llantas incendiadas y botellas,
no sería eso tanta belleza
como la voz un tanto colosal de mis amigos.

Uno de ellos ha dicho *Galerna*
por nombrar Vientos del Noroeste,
y vaya uno a saber si no bendijo en eso
a tornados o bichitos y, otro,
más universal que los ratones,
ha escrito *Luna Baja*
como enlechándose el quicio o acariciando,
siquiera dorsalmente, hombros nublados.

Igual ocurre aquí cuando he gritado
Popoy, *Mussel* y *Floralía*,
y por qué no,
(te lo pregunto, María)
por qué no todo eso junto
habrá de ser como coronizar al *Diez del Gato*.

En la orina y en la fiebre diurna y nocturna
nada en ti propositiva,
se sabe que todo es burla y torbellino;
que el «Gaviero» aparece justo
donde lo de las antiguas alfombras persas
y qué suerte para Abdul y qué regocijo para Ilona.

Hacer menos peligrosos los planes de Bashur
para sustituir unas alfombras por otras
y trasladarlas a nuevos dueños
sin alterar vistosamente lo que ya se había declarado
de ellas en aduanas:
derivación santona del malévolo.

Que Samcho, técnico de hueso colorado,
tendrá que encargarse de claves y registros
—revisadas ya entre ambos ciertas cláusulas—
que deberán cumplirse minuciosamente antes y después
de darle curso a trámites de proyectos
y trampolines deplorables de seguros.

Perdidas las nociones porque Victoria y la linda Popoy
se van yendo ya en definitiva,
son una fiebre de insomnios en barcos al pairo
en el centro mismo del huracán y de morteros.

Y claro, luego Buñuel saludando a Maqroll el «Gaviero»
con su camiseta de marino
y la estampa desnuda de la blanca Popoy.

Abdul Bashur preguntando a Santiago
por el hidroavión y Victoria, y los interruptores
y los canjes y las diecisiete tarjetas de crédito.

Huracán, torbellino, diluvio, cintas, cintas,
cintas. Un jardín, el mar, un gallinero.

Embravecidos por una muerte figurada en lomas de tierra
alguna vez lo supimos Alberto
(antes que verdaderamente se nos noqueara «El Pájaro»),
que sólo nosotros hemos visto por hendijas de lona
cuando el alba milagrea mariposeando ladrillos,
cómo es que se agria el bocado
por mirarle a esa mañanada su grandeza ilícita
sin Narda Ontiveros y sin Teresa Faf.
Pero igual supimos
que todos debieramos cargar un Julio Verne por dentro
y gordos cocineros empalidecidos de harina sonriente;
del amor sus innumerables réplicas y besos estrictos.

Las primeras migas de mayo trajo Carlos.
Un compendio mecanografiado
de gajes y pedales y canción y borra.
Láminas escritas donde muere un cuervo verde,
tíos vestidos de limón,
algún octubre otro,
unos dedos con aroma de pelota esponja.

Son poemas de acuarela completos por ventanas,

sonrisa y desazón como esos patios donde brujas
rayan nombres sobre tarjetitas Bristol.

No habrá coronamiento por su acuarela.

Quién sabe si por ejemplo, en ese rosa o amarillo diluído
se traza la panza callosa de un cabrito prieto o pinto,
el lomo de un rumiante mocho yendo para allá
y soñando con los Cárpatos;
carne tirada a los perros, críos de una misma camada.
No se sabe bien,
si son troncos o cuernos esos que se ven acá,
una cría de gatitos o qué.

Yo creo que de todos los colores se hace el negro
y que de lo obscuro se raya por sí solo *El Mocorito.*

Tal vez sean modestos buques cargados de una soberbia frutal.
Máquinas humildes que vierten su tufo a los árboles.
Cabriolas o tarantas bien acomodadas en un becerrito mamón.

Quizá nada más sea un arco que dispara a galerías,
y por esto último
claro que con hormigas de oro, las manitas, yo le coronaré.

Patos salvajes picotean
las nubes de ceniza marina
para homenajearme la boca
de llovizna y los ojos.

Un silencio de agua
estancada reduce a domingo
el golpeteo de marros, palas,
trascabos y carretillas
ensangrentadas, para afilarme
el pecho contra cerros de monte,
lágrimas de cemento y un
extraviado remolino de nieve.

Quiero el revés entero de la cloaca,
la sonrisa infantil que tiene España,
el azote de una boca contra mí hecha colmena.

Quiero ir a cada segundo de la existencia ésta
a besar las manos de doctores ya sin vista
y entrar a los salones de primaria
con la frescura del guamúchil y la ceiba cargado,
—para que lleven los niños a sus casas—
con ranas de papel, bastones de dulce y biberones.

Como bien pudiera persuadirme un corno al sollozo
o la fiebre sujetarme a un galgo,
en esa misma realidad cernida le juro
que no soy piececita del sagrario ni otra cosa.
No he creído jamás
en esa mirada de Cristo como flor de celofán
ni lloro si se tira al abismo
un peregrino envuelto en el sudario,
mas creo que el entender
se da en migas duras y verde musgo,
y en traer para usted bajo la lluvia y el sobaco
—envuelta en lo que sea una ranita de pana
y un dulce de leche— aunque le venga absurdo.

En los mercados baja
un aroma errabundo de alhelíes que extasía
con todos los idiomas del mundo enlazados.
Igual en todas las ciudades
debe de existir la primera embadurnada de algún joven
y el irse orinando hacia el teléfono que es público,
o extraer de la blusa o la camisa
esa hebra casi suelta de quien uno guste.
Por eso da lo mismo, creo,
que se froten la nuca con la toalla
un hebreo o un haitiano. ¿Por qué entonces
sorprenderse de estos ojos que miran con pecado
el artesanal anarquismo sin coraje
en el techo de las pizzerías y esos bares
que tiran cornadas a los aires y los pavos?

A tiro de cascada la frescura moratoria
perece hechizante y se levanta cirro;
me despierto huraño,
pero buenamente al día lo mece espiga
y lo vuelve trenza de mujer
y pechos que me como.

Deja aquí de mi niñez un catalejo,
cierta ingenuidad innominable,
este afán de palomas y esos patios.

Me voy después a la calle
a otro acuse de ordinario,
y si muero entonces una vez más por ahí,
dejo el mejor beso mío a lo mundano.

Cuando la mañana se empapa de rocío
las horas van cayendo duras;
algunos lloran a los muertos por entonces campo y frío.
Pero qué va, lo fortuito, allí en el ingreso al tiemble,
bajo la tertulia de alambres,
una muerte y ojos lindos no valen nada.
En aumento a la visita
alguien se socorre en el pañuelo,
al turbio diciembre y los licores, al profesor de casa.

Nadie nace del regreso ni de los velos que acredita la sorpresa,
pero su grupo de motivos produce algo así como un cine más activo
donde cada lágrima vale una atención, un saludo,
porque la hija y él,
después del traslado del término cada uno está vacío.
Sólo un dolor eterno: el inmueble,
el invierno capital y los más dulces recuerdos con Anaconda.

El brindis modesto en casas de los montes
es la mañanita balando encima de tablones;
el manjar de galletas con manteca,
la comunión aromada de leña y cafeteras,
el gusto genuino de ser vivo y de sorber.
Igual acá es un bodegón
con sardinas jugosas, queso rayado y panaderas;
pero el sólo mencionar su nombre en la memoria
es tasajear la mañana brumosa
y entristecerse el paladar y la figura.

El bruto entender del llorador de todo,
es un mugroso trotamundos
naciendo en la calaña y sus degüellos;
es bajar al verbo mundial
con sus luces y sus dientes,
sin importarle nunca
si las resultas del verbar es verde,
es fresa o es pepino, si lo que se alebresta,
se desarma o gruñe son sus fuentes.
A saberse,
las entrañas del burlado llorador
no corroen el valor del fósforo
ni confunden las fortunas,
ni se niegan el milagro de ser gente.

Porque no todas las paneras tempranas
pueden abanderarse libremente,
los dadores de casas a nanas insufribles,
les allegan el fideo y la despensa a tironcitos.
No son ellos dolientes alados
que guerrean con la estafa
ni tampoco atacantes infames
de vigilias o deliquios,
porque su poder nada tenebroso
y nada vampiresco
está mucho más acá
de un agazapamiento envilecido,
y de toda obediencia obscena
y de todo trampeador embravecido.

La fealdad de las monedas
entonces sí puede aquietarse innegablemente;
sólo es cuestión de virar hacia la tierra
y descontemplar sinceramente
ciertas hondonadas porosas
y largas largas latas de matamosquitos.

Más acá del otro lado de la casa
la mordida es una navajita literaria
y las pinturas de museo no dejan de ser un mero detalle,
y los tangos de Piazzola,
tundras musicadas
o clavellinas que se dan como un incendio.

Y la calle es eso. Monjas con sus zapatitos blancos;
monjas lisándose el cabello apenas con los dedos;
arreglándose la diadema
blancamente diamantina con tres brochos,
pensando en los duraznos del convento,
y bien saben que el amor
es una pantera de dulce y la mundanidad amazónica.

Y la calle es eso.
Muchachas espigadas como forastero sagitario,
libres de toda pesadilla, pero eso sí,
donde estén paladean y aborrecen el terreno.
Y la calle es eso. Niños templados con aceite de bebé,
relamidos dictadores de parranda y brillantina.

Este derrame diario
que levanta el orgullo por parejas y diluvios,
habrá de servirse sobreviviendo en la marea
de extraños salvamentos
que derroten las fronteras y los mapas.

Este derrame diario
que conserva rostro y nombre diurno,
habrá de levantarse a orinar el arca
y rezongar a fe
con el bueno de Noé y los imbéciles.

Este derrame diario
se vuelve panes con la tierra
y su eterno desangrarse propio.

Y sin más, ni Dios, ni nadie,
se levanta, se enverdece, se despide y vuelve.

Como vertiginoso espasmo de galope
que topa con la piel filosa del durazno
para levantar del corazón
sonidos de sandías que se rompen.

Como la peste de vitrales
que guardan los sudarios.

Como el mismo celofán
que vuelve al naipe floralía:

Habrán de embellecerse los conjuntos
de mandarinas y de imprentas.

Besador hondero de las artes carnales
y las naderías barriales de mi tiempo,
me lastimo con lágrimas escritas y tulipanes
como los hombres sin mundo
una vez que se echa a andar
el picor basílico del clavicordio.
Pero tronchador y cacareante
como ciego de mala cepa que rumia versos,
no defiendo
al hábito guasón que por eso se envanece,
ni al fornicador que se sirve o se despacha,
ni al achacoso trasnochado que soy yo
si regodeo o envilezco
con la espuma lacerante del retruécano.
Y así,
de esa misma manera Caballeros,
exijo el respetuoso derecho de extinción
que merecen los indígenas del cielo,
los acordes, el Faro de Alejandría,
el chual y los galápagos.

Digan lo que digan de conductas
que van a entigrecerse con faldas izquierdadas
o ejercicios encarados de poses amatorias,
no habrán de confundir la historia
esos monstruos de paja con botellitas de jarabe
ni gritones de vocabulario en galanura roja,
si la muerte perrabunda aja lo que en suerte coja
desde siglos atrás para sonreír siquiera alguno.
Digo pues, por parte mía,
que dejan aquí
más ganas de vivir hasta que el viento cale,
esta rebanada de temprana luna y un rabanito albino.

Quiera nuestra sangre callejera
levantarnos frente a almacenones y molinos
ambos bustos vaporosos,
y que la frescura cursi del elogio nos potencie
por evaporarnos sobre el mapa
que antes todo lo apenara,
pero que nos dejen
ese gusto carnal por el amor terroso.

Queda en todo insomnio dulceamargo
la bruta vigilancia de carpetas.
Naves tristonas,
goterones como óxido vegetal husmeando.

Sabor a pan quemado y macarrón.

Figuras coloniales dibujando
bajo lámparas de petróleo
entre gansos emplumándose.
Loción por químicos. Navajas ya sin filo.

Horror durmiente puede.

Rumor apenas de címbalos despacios.

Sí.

Pero es tan triste
(cielo)
mirarlos
quedarse mascando
pedazos de garganta y colibríes...

Quién se quedará mi parte
al remacharle a mi amor una luna morena,
turbando el quedo desflorecer
del trébol cuatro puntas,
el racimo cardinal de la pena centinela.

Quién deslenguado fariseo capitán,
hará el dolor más grande que la dolencia
oculta en ruedas de carruajes,
yendo del canal a la cocina.

Quién suele despertarme
tantas veces con papelitos ciegos,
haciéndome pillo en el deseo de puñales.

Quién se metió en mi risa
con tazas de café amargo
y durmió sobre el pecho de mi pecho,
que absurdamente me niega
a estas pocas simples armas indomables.

Cuando muera
quiero tener a mi lado el viento,
puesto un suéter negro
de cuello circular
y que se me lea un poema de José Martí
para irme endeudado para siempre jamás.

Ya está dicho:
yo sé que tengo que morir
callado si sirvo,
gritando si sirvo.
Ausente de las cosas,
todas las cosas
que vayan
contra el tránsito eterno.

Puse abrazado a Teresa
lo que hubiera deseado para mi amor,
y mañana es tres y es mayo
ardiendo de velas por el noventa y siete.
Junté en su andar de patito
el empeño de ser hombre de sien
para contribuir a que el niño
guarde con pasión su memoria,
y a que el frijol de mi casa
y lo que mis manos saben hacer,
sean para mí y para todos.

Y para que no me sorprenda la Bestia
con su silbo de víbora y su trigo podrido:
En ella me he salvado. En ella me he muerto.
En ella, con ella y por ella
—junto a la poesía
que no se sabe pintar ni escribir—,
me hundiré sobre la tierra
desde ahora mismo y acá,
con el terco afán de sentir lo que sabe el olvido.

A los seres buenos del mundo
dejo una vela iluminando cierta colombina
que me ha partido en cinco,
y un hondo Don Juan que no me supe.
Mi mano vendrá de vez cuando
a la casa de *La Chacha* para pintarle
las paredes físicas, químicas y espirituales
en las que siempre me fui cayendo despacito;
y lloraré, incluso muerto,
el desdén involuntario
que me impuso ese perro Dios maligno,
que nunca me dejó explicarme
y ponerme blando y desangrado de amor,
en la faz y el corazón de mis amigos.

Monichi

¡TAN-TAN! ¿Quién es? Es el Diablo,
es una espesa fatiga,
un ansia de trasponer
estas lindes enemigas,
este morir incesante,
tenaz, esta muerte viva...

José Gorostiza

Yo digo que soy el Diablo porque nací
pobre de ropas como casi todo el pueblo,
pero nací
entre las chácharas de la tenebra
enamorado de las campiñas,
el *buffel* del monte,
los tabachines del necio,
los tractores oxidados,
los huertos de noche,
el amor que se toca y su sombra.

No nací, sin embargo, bajo ese linaje
que ocupa harto espacio hediondo a
murciélagos muertos, donde se descamina
con cierto poderío de dientes
y con el supuesto desparpajo
del tracamandanga y el mamarracho:
mi sangre se hizo con la lumbrera tiznosa
de las lámparas de petróleo;
mi alegría con la llegada desde muy lejos
de mi hermano mayor y los besos sencillos
de mi noviecita María Manuela
sobre las tumbas secundariales
—y esa cosa que se me entrampa aquí,
muy parecida al amor—,
con el ruido lejano de los carros pesados
y las marchas mexicas encubriendo
a húngaros con el cine ambulante.

Yo digo que soy el Diablo
porque toda esta pepena
de oscilantes contradicciones
me resulta un tortuoso enjambre de sapos,
aun sabiendo que llevo
la alegría confundida con la tristeza
porque siempre las propuse como un mismo pan,
y que hasta la boñiga,
el olor del café y el torote
me repican el alma,
porque eso lo aprendí de la gente
que nació como yo, tú:
la gente hormiguita que tortura de amor
y baja los ojos
cuando escucha y sonríe orgullosa.

No vengo de todas partes,
pero sí de donde las lágrimas
saben a brizna y a noria.

Yo vengo de donde se levanta un vaho dominical
escoltado por la imbatible penuria
que se cuela por las ventanas
a los cuartos de las tías y las costuras,
y de patios tupidos por todas partes con botes
chorreando flores de *amor de un rato*
que engalanan, a su manera,
a un perro peludo, una prima trigueña,
un triciclo, un regadío y un gato.

Mi padre, creo yo,
es el marrullero Demonio y burlador de linderos
fingiendo un traje de torbellino
a la hora en que se desploman las parras
y se desmoronan los berros, por el quiqui
vaporizante y cuarenteno de la canícula.

Así, una vez conocida la dicha
y luego el alba vilipendiada,
mi vida de cirios trémulos
y azufrados aires malvos
se ha estado viniendo a esta ciénaga
colmada de sombras brumosas,
tuzeros de sangre,
y chupaflores malignos que hienden
por las cañadas de los altos montes
el vicio de la lujuria.

Febril, como los cañones del hampa,
me he venido perdiendo entre amigas felonas
que han hecho lloverme, embaucarme
y caerme por cuenta propia
en el aturdimiento reptil
que persigue la carne. He saboreado,
al igual que otros demonios
espaldas antárticas,
bustos erguidos como hirvientes témpanos,
caderas rigurosas que hacen pensar en cananas
y tantas bocas
que han surcado las hojas de mis cuadernos
cuando ya mal logradas de mí,
las recupero panales en mi memoria
y las vierto en racimos.

He sido bagazo incluso de la negligencia
y sé qué se siente aquí una paloma baleada,
un verbo labial,
un acusarme feo y dientono,
las taras morales, el néctar de los corpiños,
un nogal apaleado y las muchachitas de trece
que peinan en los patios de tierra
a sus enamoriscadas hermanas.

Tengo de esto y de aquello
la vista rigurosa y eriza,
los ojos enérgicos,
la lengua maldita.

He sido tirado
a los drenajes olímpicos
por reyes y reinas;
por eso llevo el espíritu
entreverado con la leña del pobre,
los viveros carcomidos
y las pachangas del cirro oveja
que disfraza a las cigarras,
la hierbamansa y el estafiate,
con el aguijón parco del martes.

He cargado, en fin,
como todo buhonero o pagano achichinque
con el lúpulo helado de mis ataderos
y mis mil dependencias
y una macedonia bastante triste de acertijos,
dádivas y mujeres olvidadizas;
pero gracias al canturreo enclenque
de un suplicar redomado,
de súbito y rebosante ya
del empalago y el tontiloco veneno
de los bohemios sin rumbo, apareces tú,
como malograda y laboriosa viñadora de mal,
para arrancar de mis bóvedas
(aunque sin verdadera intención,
pero con el puñal temerario
y mimoso del desamor y el estupro)
las colmenas últimas de mi pretexto de vida
que debo al rústico jornalero,
al dolor ambiental y la sutil escritura.

Sin pretender escarbar en el cielo
emerges de regadas melgas como el cardo tierno
que gusta de la tolvanera necia y errada
y finges hacerte la bélica, la ruidosa,
la desgraciada, la que pasea su vejez chiquita
con el run run de la clica
y un tremendo arsenal de patadas,
palabrotas y jugueteos
que te oferta la falsa rabieta
y te subraya el arreo gregario y el veto;
pero para mí,
compañero forzado del puercoespín,
puesto estoy a saber que
como el trinche ingenuoso que guarda el tabú,
te peleas peligrosamente con nada,
y como soy buen nadador de negruras
en las corrientes de los abusos,
absorbo de ti todas las floraciones
y peligros del caos, convertidos
desangradamente
en pichones y en el recio imperio
de la Poesía y su halo voluto.

Luego, entre las letras imperceptibles
que mecen apenas
el silbar de los lejos abetos,
hacia el nuevo verano taurino,
en un vaivén ceremonial y delirante
de un ajetreo inconcebible, mordisqueo

el florilegio certero de tu lengua;
reverdezco entorecido
en los abismos marítimos que aprofundan
la delicia lujuriosa del hambre,
y en el continente pulposo del oído
grabo a tatuajes mordelones
el palomar campanero de mis fiebres.

Amanezco desdoblado
en el testimonio portuario de tu ombligo
con una embriaguez descaminada,
y como un lobo turbado
rebusco la primera dote en sus dominios;
cedo al inclemente azúcar
que glorifica a tus piernas,
y en las tajadas de amor
que bendigo y que me sirvo,
pienso en la capitanía tristona de las dársenas,
en los lunares bullentes de la muerte,
en las iras y los lagrimones de los credos,
en las albas lloviznadas
con aroma a ramas rotas de eucalipto.

Reveladores zarpazos
de esa inteligencia indomable
han hecho de ambos un reguero de júbilo
que riega a la mandarina,
al limón y a los naranjos;
ahí vibra el amor general
por lo humano y lo terreno
para echar a tus pies su santa villanía;
es entonces cuando descubro que me muero,
que siempre he muerto

en cada lloro y cada frase
porque cómo decir sin frenético barullo
que sé en mí al suéter negro,
la cerveza,
los discursos orales de Borges, que te quiero;
que deseo no duermas nunca
para oírte y para verte,
que pido a los reinos naturales
o al nudo de elementos
que te lleven y te alcen
y te asuerten la existencia
en lo eterno de lo eterno.

Pero no es fuga esta muerte de geranios
en medio del desierto,
no es un torrente en desamparo,
no es la bravucona soledad de los domingos
que se esquina en los aleros;
es una muerte que me homenajea
y que me honra,
porque en esa huída a duelo
me pongo y me quedo para siempre
en la hondonada cárdena, en la nariz,
la boca, la espalda y el cabello;
por todo esto, si es posible,
en el gobelino crepuscular del arco-iris
ya elevado y caído en horizonte,
permite perpetuarme para siempre en ti
aunque me vacíe de penalidades
y de flujos si no estás,
por los tantos sañudos espuelazos
del floreado desamor y porque a mí también
«me llora el pensamiento si te pienso».

Ahora dime, qué jodidos hago
con este alboroto embarullado y catavinos
que me moja la lluvia
y me destraba los tobillos;
cómo refuto los consejos
y callo el júbilo ganoso
que me entora y que me horada; dime tú,
cómo asfixio para siempre y para todo ser
la antorcha sanguinaria
del dador de los espectros
que zanja los sentidos.

Dónde, me pregunto,
acabará otra vez mi tiempo
y me quitará la vista toda para dejarme ya
sin las historias suburbiales
de pintoreteados que se traban a cuchillo,
sin el chicotazo afilado
del desamor enarbolando el acicate,
sin los decidores de pan y trilladoras
que peregrinan y cunden en abismos
o abotonan la biznaga
y protegen con hachas y bebés
a la madre Poesía,
sin la diestra resequedad amargona
de la obscura sentencia,
sin los sismos de amor
que me han catastrofeado a mí
y a casi todos mis amigos, sin sanciones,
sin los privilegios de la vista y el agua,
sin besitos superfluos,
sin el *Viajero solitario* de Einstein
que todavía debes prestarme,
sin los lodos, sin despechos, y

sin el atardecer a edén abierto
que a entrambos,
antes de que todo eso suceda,
nos dicte los flamantes añales despojos
que nos han tocado del cielo,
y luego entonces sí, gemebunda coronela,
«arrebátame la vida,
porque no habrá más qué merecer».

Guardo entre las arcas de mi dicha sonora
las vías del tren y el puente que te vieron;
la mansión-jungla que armamos
en el monte con mezquite y vinorama
para no estudiar la *Historia de Occidente*
y burlar rondando en zopilote el tiempo:

Quién te dice que de eso
no fundabas para mí un dócil testamento,
y que sin el bullicio de la humildería
yo improvisaba en ti dos reinos.

Por eso nada lo perturbo,
conozco de los parajes del hastío
su maleficio y su desprecio,
la hechicería fecunda de un amor
que no es a mí o no es el nuestro,
los acantilados del tequila
y del vino insípido,
su ensombrecido precipicio y su aguilera.

A dulcísimas sabiendas tuyas
he ganado en el dominó
la feriecita más sabrosa
y más de diez billetes;
le he encontrado el obraje

a la lectura epidérmica que se ajuga en la oda,
y para el colmo de los bienes, he descubierto
en la golondrina brava de tu sexo, la sensación
de cavernas costaneras ataviadas de jenjibre.

Entorecidamente sacrificado de amores,
logré sumirme lloroso
en el gineceo soberbio de la pelambre;
busqué como un animal ciego entre tus muslos
de blanca sal reverenciada
el simple dulzor de los yoyomos maduros,
y en tu corazón de raspados contrastes,
un espectáculo de maracas cantantes
y sonajas encendidas.

No tuve fuerzas para negarme
a los caprichos de los azares mortificados,
y como los grandes versaderos
de falsas homilías,
dejé a los suelos los grilletes
de los quebrantos y el frenesí de perfiles.

Pronto supiste aborrecerme
las lágrimas de cobre maldito,
las deudas de honor y la letra redondita.
Por ello digo a los cuarenta y cinco vientos,
que si los amigos buenos del mundo
piensan abandonarme a las ascuas por eso,
entonces póngase mi impiedad igual
a la altura de sus pies,
porque hasta vistos Dios y yo,
allá entre nos,
sabemos que no somos decentes
desde la esencia malignamente natural
a la flor sin límite

que coloca el tramposo
a la mujer de menguados cabellos,
porque todo eso nace a la sombra
de la rosa injuriante
y sedienta de los halagos,
y prédicas turbadoras
que pretenden masajes y trueques de mito.

Quiero encontrar
la magia marabunta y dominante
que satisfaga mi codicia de tenerte
una vez más recostada sobre el pecho;
hallar en el abanico mundano del azar
la suerte de trasminarme
por tus tallos albos
y abonarme a tus huesos humeando gratitud;
deseo, con la voluntad del bruto,
depender de tu vista y tu palpite,
de tu savia luminaria y tus coronas
para poder expulsar del corazón mío
la escoria de este infierno al que le crecen
doctrinas a machete,
correhuela y álamos enfermos.

Como hechizo encrespado por las cosas vivas,
ya la sábana melón me dejó entrar,
orando virtudes,
a la fantasía e ilusión humana
de cortezas rosadas y minucias devorantes.
Me oculté como un sacerdote
entre los troncos bravos del firmamento
donde llueve quejumbre y canela;
me bebí como lebrel sediento
la resina herencial
por donde brota la vida;

me perdí en los campos de cerrazones sublimes
encarnadas en los fósforos
húmedos de lastre y sudor,
y empujé con toda bondad la mina blanda
matizada de algodón magenta y palpitante pulpa
chorreando blanco,
tembloroso y granado aserrín.
Allí, ya olvidados de la geometría
del conocimiento y el rezo,
alteramos en vueltas
la engañosa tranquilidad de los suelos
y nos comimos uno a otro,
pero yo, misionero del mal,
te comía llorándote a besos.

Bramadora de ejércitos
que juegan al tabaco y los alcoholes,
escondes, como si aquello demostrara
alguna debilidad,
que lloras como todo el mundo
el mundo enamorado;
que con melena bravía o breve
igual vas por ahí
balbuceando flores malvas y trigos;
que en realidad sabes
no es tan tonto hablar de lechugas o tuercas;
y que guardas besos antiguos
con entera codicia y unos dedos
minuciosos y maduros que quisieras asir.

Ignoro las pertenencias de lo imposeíble,
las moles falsas y adversas que presumo rendí.

Ignoro si alguien
tendrá que pisotearme los erarios timoratos
para volverme a los cofres
y a los auténticos fierros de la muerte;
para volverme a los hornos y a los pozos
de los años o los días que me quedan
y arrancarme de los ojos las enaguas,
las calandrias, los horcones, los resquicios,
las más simples
y pobres bicicletas tributarias.

Después o luego quizá, me quedaré
sin rumbo llorándolo para siempre todo,
extraviado en las primaveras negras
de los lutos y en el suplicio sin límite
de los tejados sin vida y alebrijes.

Cómo haré —carajo—
para darle una oruga a cada oriol
y lograr el merecer con ello
permanecer un día más en ti.

Permanecer y transcurrir
como en esa errancia memorial del piano
que se hiciera puente, pirotecnia y trío
en casa de nuestro muy querido Pedro;
como salir por un momento
por el hueco circular
que hace la luna en el cielo
y lograr alcanzar la verdadera luz estelar
y conocerle al infinito sus arterias;
como llegar homicidamente desangrado de amor
al umbral de las repisas y poner
hasta al más altanero de los santos de cabeza.

Ignoro qué tendré que hacer
con mis cloacas mojigatas y su terrible garbo,
para poder entender
los caprichos de la musaraña desfortuna
y la entereza implacable de saber
que cada brecha mía en las cuencas de tu cuerpo,
no podrá elevarse más
a la anhelante carne y limo blanco
que tanto trasnoché y desmañanaba.

Ignoro qué desfloramiento
habrán de hacerme luego
en este herir y desmorone de piedras
las toronjas y limones reales que se afrutan
en el vasto patio de tu casa,
y qué guisa funeraria empapará
el alborozo torpe del harina entre tus manos.

Con toda certeza sé que no te pertenezco,
que mi zonsa boca
no podrá beberse nuevamente esos senos
que sonríen y me ignoran.
Y como el Demonio ha puesto una vez más en mí
su feudo helado de pillos trompetarios,
no quiero marcharme
para siempre de este lucro bendecido,
sin antes dejar a tus pies
este amor que condena a la desdicha,
un reguero de petunias lilas
y canteros cantados por heliotropos.

Qué importa entonces ya
amarte en mi memoria despacito si Belcebú
juega con los dados de mi muerte,
lo engaña todo
y jura a cada uno de nosotros que te niego.

Ay, Monichi,
para qué pedirles
a mis dioses de escritura y de parranda
que me dejen besarte las manitas y las cejas,
si es el más errado corazón el mío
que se hace a negar
el aromar del ser carneano y su periplo.

Sin embargo, no obsta decir,
que verdaderamente
no habrá tumba que me abarque,
porque elevo en ti a todas las mujeres
que dan motor y vida y savia
a todo el universo;
porque si tú pisas el mar
seré yo quien bese y lave tus preseas
que se volvieron en mi quicio
un manjar arisco de deliciosísima infiernura;
seré la fumarada vespertina
que te enmiele los labios,
las poltronas, los pimpollos en flor,
los poemas y los miércoles;
seré el frío que te enoje,
la música que tenga la fortuna mundial
de colarse a tus oídos.
Estaré dentro de tus zapatos despintados,
tus pantalones rotos, tus blusas largas;
en la risa estúpida que acuso porque martilla
a los pueblos sanos con insistencia viperina,
en los perros que tú sabes que me aterran,
en el elíxir diario,
y en el beso aquel
que vaya a avivarte y a mí sustituirme
—si viene libre de fangos y rescoldos—
estaré lo mismo llorándote ahí de gratitud
con tesonera algarabía.

Andaré en la sombra tuya
y los vasos cantadores,
en las noches de errancia caprichosa
con la voluntad de Aidé,
en las rebanadas de dunas que todos
como bizarros marineros

llevamos grabadas en los ojos, y
hasta en el desgano inmisericorde
de cuando duermes y no me miras,
no me tocas, ni pretendes musicarme.

No tengo ahora
nada que sirva a los demás porque
(con la humilde intransigencia
de un trasnochador reptando
y como todo lo olvidable
pero humedecido de tu boca libre),
me he vuelto
este náufrago llorón de tierra adentro
y sólo el exorcismo obligado
del sueño y de la noche el ansia,
apetencia y sed de ti,
me apacigua y me liberta.

Con los amigos
me hago religiosamente el bruto de ignorarte,
pero este chiste
de mover las manos como un crío
es porque me comienzo a ahogar.

Sólo los suicidas y los ciegos
surten como yo a las carencias
con un variado rosario de improperios
y un bullir de astillas de tutores,
si imagino a la parca llevándote a empujones
a donde tú deseas te incineren.
Ya en la llanura marítima de tu piel
en la que mi violencia mansa hurgaba,
ha grabado la muy puta
sus cifradas cicatrices.

Agujereado por los recios lagrimones
de esas nubes de tormento,
pongo mi plegaria a hervir
hasta llegar al sol
y encontrar la turbación completa
y el descuido de la muerte para robarle
sus velados velos y dardos envenenados.

Cambio todo mejor
por esa suerte del viajero
que no ve al mundo
sino como una banal canica,
y a el amor de las mujeres,
como un betabel inmenso.

Vuelvo a tus pies breves
descifrándose en una acequia, y así,
como un nuevo cabrío
que argumenta su lucera partitura,
y con el derrochador delirio
que cava en mi pecho
tintineando su impudicia y su potencia,
me lanzo a la colmena estuaria
de tu ombligo y tus cimientes.

No muy tarde rodará reiteradamente la ruleta
para que la bárbara aquella
me muestre sus colmillos;
pero ya no me importa,
porque ahora sé que eternamente
el sarro abovedado del mar
seguirá mirándose en el cielo,
y que de igual forma agradezco
que alguna vez hayas aquí en mi boca estado,
porque como tantas cosas que conocimos juntos

—como el menester único del arroz blanco
y los colores del dinero—,
acepto circularmente que vengas,
que vayas y me dejes,
porque así es esto de la terrena Poesía
y el coraje de los cielos,
a veces tenemos todo, a veces tenemos nada.

Llevar debiera la parca
los graznidos cuervos de malaventura,
el ulular cicatero
que todo lo encarece y ennegra,
la tromba maligna
de viajar en el grito del águila
y otear la fiebre mía
con la hoz en la boca.
Le he visto adormecerse
entre los papeles que cargo en mi mochila,
le he visto encender sus artificios
en las ventanas sin macetas ni adjetivos
por las madrugadas de mi barrio,
le he visto hibernar
aletargada siempre por un rato
dentro del pino cenizo y la pingüica.

Le he visto cuando engaña
a nuestra tierra y nuestro brecho
guardándose detrás de los estallidos
del relámpago naranja y amarillo de indias.
Le he visto estorbándome los piensos
cuando me bebo con los ojos de la memoria
el jardín coral y la florescencia miel
de tu ombligo y de tu sexo.

La sé bogar en los arroyos nocturnos
arrastrando mirasol y pasionarias;
le he visto poniendo sus culebras
en las laderitas que llevan

a las casas pobres
en las faldas de los cerros;
la sé risueña al valsar
bajo los sauces llorones
y complacida en la sabana ardiendo.

Conozco, sabes tú,
de la muerte sus costumbres,
los cascabeles que nos pone en la chiripa,
su fogón y sus barrancos
y aún conociendo su quinqué,
su guadaña y su carruaje, si yo me muero
y me entumbo en tu indomable embragadura,
no existirá mayor honra hacia mi historia
en todo ámbito posible,
porque quedaré perpetuado en los extravíos
de los ángeles dispersos y malditos
que me tonifican y me graban
segundo a segundo en los poros de tu suerte.

Conozco la brújula de flor árnica
destartalándose
en los borrachos tumbos del amor
teñidos con el dulce canallita
del azúcar prieto;
las gárgaras de sangre que hace el sueño
cuando un río doliente
de agua turbia y procelosa
nos atraviesa las horas de lamosa pudridura;
el cascabel beligerante
que enseña el cuerpo aterido
cuando aspira el hedor de flores negras
que borbolla en los destazaderos;
pero también conozco
todas las perlitas lunares de la lujuria tuya

ofreciéndose a mi demoniaca
y desenfrenada dentellada;
la forma pachorra que has tenido
en la condena diurna de beberme,
y la margarina estelar
que me elevan los dedos sésamos
a la lengua cumbrera
que ondeo en los cardinales día y noche,
tierra y cielo, como un perro.
Y sé jugar al lado de la sábana melón
a los palitos chinos y a que el amor existe,
a sabiendas de que el comodín es negro.

Es allí cuando la Bestia
me llena las esquinas de fruteros y carcajios
para bañarme de oro sagrado que no es cierto.

Pero tarde, embelesado y aturdido
me levanto al día ubérrimo;
sumo a mi ánima de los búcaros,
los canastos de bejuco
y el chapulín mocho de hojalata
su oceánica valía. Tiño de añil el cielo,
coloreo al vitriolo y los juguetes,
aromatizo al romero y al tomillo,
prendo los pebeteros,
pinto de escarlata y de aluminio
a la sardina;
plego los deseos nutritivos
a tus linfas laderas
y a la bárbara marisma
de tus secreciones pócimas
junto al barro sucio y juncos
que trepidan en el falso Sena,

y trituro y atesoro por igual
los atamentos auguriales;
te busco mansamente en las pepitas
tiradas del café colado
que agonizan en las floraciones
sanguíneas de nublada mañanura,
y aún con todo,
defiendo para mis más lejos interiores
los tributos tardos,
y del disco natural de los milagros,
me arrincono más engañadizo al verde;
me torno obeliscos rojos y amarillos
cuando supe haber lavado
o preparado entre ejotes, trastos de cocina,
Auté, queso blanco y aceitunas,
los salvados alimentos.

Cargo con júbilo incienciario
mi centáurico indumento, figuro en mí
la intermediaria vigilia centinela
del dátil y el cinzontle,
la furia bienhechora del cantor,
el imán de los ríos mansorrones,
la remolacha, el batamote,
y de la ceiba hospitalaria
de nidos zureados y conitos caracoles,
su verdor y su erguida independencia.

Arrebato para ti el cucú de las palomas
y con la cantata ordenada,
me congrego mayamente
en el gruñir y en el rebuzno;
repito y repito a mis adentros
tu nombre a mi salud.

Retozo como los criáturos
en el privilegio y la bitácora
de los residuos magmas,
nado a mis anchas en los abrevaderos
de los pollos y las tórtolas,
me doy en veganín a los convalecientes
y aplaudo al altruista,
al enfermero y la ambulancia.

No sé cómo, pero me multiplico
y lloro luego sin fortuna,
y lloro lagrimitas verdinegras de correveidile,
y lloro el vecindario y los almácigos,
y lloro el delirio maltrecho de arpas líquidas.

No sé cómo,
ni de qué garante procedencia
viene y vara en mis jamases la hecatombe:
la hecatombe deshilada que rebota, ata,
aterra, repta, enjorgece y decapita.

Y con esa tremolera del delirio,
la hecatombe no desaprovecha
las nupcias con el gusto innato de Luzbel
por saborear las agallas mancas
de los cadáveres terrícolas,
ni la chance en escozor de minarme a mí
con la comunión tuya
que guardas con los vidrios,
pero yo, con las bujías necias
con que se alumbra el gambusino,
en el santuario del mal que me gobierna,
levanto para vencer al otro Dios
tus olores litorales y desérticos
que llevo de amuleto,

los pies breves y sabrosos,
la boca pequeñita y orgullosa;
levanto cualquier nota
que me ayude a desbravecer el descontento
que me vigila y me presume
su crín y su pericia
y que al pretender
despepitarme perennemente de ti,
me tatúa las espaldas
con añicos de vitrales
y puñaladas zumbantes
de delicia errante y vergonzosa.

Con esa misma infame y equívoca fragancia
de sumar a la floresta mi arrebato titilante
por saber aún vivos
a mi madre y mis hermanos,
viene un vuelco agrio
canturreando tu nombre en silencio
con deseos de historiarme
a tu forma indómita y opacar del espacio
la distancia y su inmundicia.

Te busco como un sordo ciego en el aire
miserable que me impide los colores
de las minas y las viñas ruidosas
de peñones minerales;
a tientas te busco en mi memoria carcelaria
hechizada por irredentos maleficios
y parto en la mañana la verdura bendita
desértico de amor.

Escucho en color negro
cómo crecen el follaje y las canciones.

Además creo
pronto ya lograré dibujar en galerna
—con la ayuda de mis muertos queridos—
ese sabor a hojas de naranjo
y ese aroma de bajamar y de lavanda
de cuando escucho cantar al señor Manzanero,
de cuando en mi tórrida tierra hermosillense
raramente amanece el cielo encapotado,
de cuando en las escuelas primarias
lucen en vuelo y en los gises, coloridas cantimploras,

de cuando reverbera el abrevadero lunar
donde se mira desvanecido
como un tonto el albatros, y cuando
dos muchachitas de quince
se abrazan por eso, e ignoran
el cigarro y el Orendain,
y a mí se me salen,
involuntariamente de la boca
como un hilo de cocoa dorada
las siete letras del averno florido
que componen tu nombre, y que salvadas
de los falsos arañazos del mal
me ofrecen un confuso reguero de dardos.

Pero aún —mírame aquí—, cuando ya
entre los tristes tristísimos torvos tientos
la emboscada rigurosa de la muerte
desdoble y articule su osadía,
pondré a tremolar mi más generosa
y barajeada competencia,
para poder reconocer en último
este escándalo de címbalos
que genera la vida;
aspiraré muy fuerte los contornos de mi raza
y cayéndoseme ya el postrero pensamiento,
iré con él y mi avaricia
a besar apenas la palma de tu mano.

Por eso pido ahora una vez última
azucárame este pronto desperdicio de huesos,
y seamos nuevamente de eso
una legión involuntaria
que se devore a sí misma
con tres babeantes bocas
y una saliva perturbada
que delate de tanta maravilla,
por error, a sus pupilos.

Edifica los altos promontorios,
mis márgenes enanas;
subraya mis extravíos y mis lindes.

Desbándame la ilusión intensa
que pudiera guardar todavía el pensamiento
que sueña con gargantas providentes
y la humilde percepción
que aguce mis sentidos o,
sin la chispa imponderable
de los milagros tales, rinde a tus pies
los prodigiosos menoscabos de la idolatría
y álzate, e impide, incluso a Dios,
serse perfecto.

Lárgame a la medianoche eléctrica
de fermentos rumborosos si lo quieres,
pero no dejes que me hunda
carente de la vista
en las aguas abismales y lodosas de la muerte
geografiándome el contorno ya sintigo.

Déjame el hálito naviario que se me guarda
para un miércoles cualquiera
macerado en colombinas;
vuelve tu pensamiento fruta o leche
y aliméntame de ti
hasta volver a ser el hombre americano
que patrulle las cicatrices de tus brazos,
los versos actos de Vallejo, Abigael, José Martí,
tus ciclónicos ataques de risa,
el campanar tesoro de cuando me nombras Joger,
y las pelotas de trapo de los niños.

Ponme a levantar contigo y los muertos
que me dejaron amándolo casi todo,
los brazos al cielo carcomido
como lo hace la araucaria
y la mendicidad de la cocina.
Ofrécete como lo hacen los copitos de nieve empolvecida
a la luna lunática las ramas del pochote,
y vívete de más
a cuestas de mi aullido lastimero, si lo quieres,
para saber que un día entero
siquiera sí me fuiste.

Danipomp

Me persigue la sangre ávida y fiera,
desde que fui fundado,
y aun antes de que fuera
proferido, empujado
por mi madre a esta tierra codiciosa
que de los pies me tira y del costado,
y cada vez más fuerte, hacia la fosa

Miguel Hernández

Una noche hosca que pintaba su gorguera con mi llanto, yendo a casa de mi hermano Armando, descubrí que cerca de mi antigua choza se levantaba presumiendo sus frutos a los cielos un zapote amarillento; en ese instante partido en frío se sumó a mí y a aquella maravilla y mi catástrofe que raya el tiento del malévolo, la certeza de que tengo un destino de vacío timonel que es fragata quebrantada de besos, que es capiro dolido, que es disturbio y es agua.

Y como ver a un jardín trastabillando de flores, recordé que a cuatro calles de allí todavía dormía y despertaba día a día esa muchacha que en un soplo de luz pudo haberme betabeleado el ser, y dado a bebérmele por vez eterna el alma.

Quise verle, pero un gusanito miedoso de mi yo desgraciado se preguntó como diciéndose para sí ¿Habré de soportar algún otro coletazo de calamidad si nuevamente el desamor me clava sus sentencias y sus fierros?

Cuando asoma el cobre celestial
su cuaresma enfebrecida y el nabo,
la verdolaga y el agobio dulzón
son tarea ordinaria en las manos lavanderas,
en veintecitos lampos
me voy arrastrando estas pezuñas
por los ojos míos,
para acercarme a Danipomp
con el pensamiento llenamente enamorado
que empieza a penas a servir
¡cosa festiva!
como insosegable rompeolas de ultratumba
y costillas de maderos.

Necesito recorrer, supongo entonces,
toda la desdicha sublime
de mi muerte primera
que me enseñó la fecundidad del maremoto
y el goteo estelar que fosforece sin remedio,
pues me he quedado desde allí
persuadido por la sangre viva
de los muertos naufragantes pero vivos,
por la sangre viva
de los cráneos deshuesados y sus pecios.

He vivido alguna vez
el jolgorio de una pasión sin alma
(algo así como una ola de luceros ciegos)
y me he enterrado en el ardor de un corazón cursi,
porque nunca pude entender,
lo juro con verdad, tanta desdicha.

Subí a contralatido al sueño pedregoso de las hachas,
subí cayéndome a la marmaja lasciva de los locos,
subí a perderme en las caderas hechizantes de la noche.

No quiero ya esta vista de féretros errantes,
no quiero ya aquella boca insostenible,
no quiero ya su boca no quiero más perderme.

Pero ahora,
descascárandose las ostras sanguíneas
de luz anémica, y feliciándome
las fragancias del azahar
que ya se puso sobre las tlapalerías memoriales
y las calacas de azúcar mexicana,
junto las hilachas de mi norte para embarrarlas
de mis impagables yerros y arrumacos truculentos,
contra ese otro sol canijo
que en las injurias de mi holganza sin jauría,
me turba con tanto rebullar maldicionero, porque
noviembre se inicia hoy con pan de muerto y otra vez,
una vez más, pasa por mi casa y mis camisas
un lastre lustroso de la baraja pasional
haciéndose sustento y juramento revertido.

En borrasca mera,
otoño carga de otros vientos la zozobra,
el sentido general en frío,
los botones de las blusas que vestía Alma,
y la rabia entristecida
cebándose en la traición de integridad.

Pongo en esta tumba que elevo como pecho
dos velitas a mi voz dicharachera y mis carcajios;
levanto a mi salud el vasito de mi cerveza eterna
por el hombro y la vida que me echaron mis amigos;

pero de los falsos requiebros
de todas aquellas fortalezas insípidas
de ahora y antañón, escupo sus cumplidos.

—Para fortuna de este trinche en celo,
sigo siendo un pelagatos—

No necesito de mucho para ampararme en las astillas del buque.

En los deslaves,
desfiladeros y pendientes de la sierra sonorense,
chillando en *El Encinal*
bajo un relámpago de copechis
guarecidas por las oscuridades del monte,
toqué de tanta vastedad
los huesitos de mi muerte e insistí
en sudando ganarme los avaros tesoros del juicio,
y desde allá arranqué a besarle las manitas
a los niños y poetas sin calavera y sin trompo,
con una alegre y prestada inteligencia indómita.

Roídos los tiempos
pero con toda esa aura entreverada,
noviembre se inicia hoy, con pan de muerto,
y otra vez, una vez más,
me suben las umbrías canciones que susurramos
mis recuerdos y yo con un paño en la boca,
para que no nos abandone nadie
y se nos salga el alma.

Por esto digo que pretendo,
con horror real, por no lograrlo,
alzarme en Danipomp a su talle y su cabello,
porque no pude nunca más emerger y levantarme
de entre tanta bailada baratija

ni tanto sol primaveral que se extiende
a perfumarnos las pepitas y la carne toda,
con ese avaricioso barullo colorido
para dejarnos respirando sangre oscura cauce adentro.

Pero cómo puedo llegar
a las marimbas blancas de sus dedos,
si el infortunio
ha pulido para mí sus reliquias mortecinas;
cómo podré lamer hasta el trastorno
los filamentos de la gloria,
si las huestes de ese ángel carnicero
otean y revisan los tesoros de mi suerte
con grilletes prontos,
milenarios trinches y rápidos fileros,
y cómo, retando al cuerno,
haré para que las palabras
que la llamen y la traigan
se vuelvan para ella montoncitos de abejas imperiales,
botones de colores, hilos,
armellas, albaricoques y rondanas.

Sé que el reino es trinquetero y es difícil,
y si puede decirse que en algún momento hube
emergido del palomar rojizo, la pirueta
y el champurro atizado con barañas,
víneme igualmente entonces
entendiendo un poco los olores,
pero cuando ya han entrado marzo o el otoño
y ponen a sus musas felonas
a ronronear por los sartenes de mi casa,
sigo oscilando
en la gusanera cántica de ese ayuntamiento,
aunque puedo apiñar entre las máximas de cualquier dios
con tiza verde y hostias negras,

o grabar en el firmamento como una mirada recia,
que las letras lluviosas
que se van juntando en mis cacharros,
siguen y seguirán sabiendo
que los locos no son sino metáforas que andan.

ÍNDICE

Presentación
Alfredo Álvarez Cárdenas 11

Traspatios 13

Monichi 57

Danipomp 89

Monichi,
se terminó de imprimir en febrero del año 2000.
La producción estuvo a cargo de
Signum editores, calzada del Hueso 140,
colonia Ex hacienda de Coapa. México, DF.
Se tiraron 1 000 ejemplares.

La poesía de Jorge Ochoa está marcada por un doble signo: el del habla popular que se eleva más allá de la escoria del lenguaje, para lograr un nuevo lustre, donde palabras, costumbres y actos humanos refinan sus asperezas; y el del amor desconsolado y meridiano, que atravesado por la luz de la poesía infunde en la escritura una alegría amarga y solar.

Monichi, libro ganador del Premio Nacional de Poesía Abigael Bohórquez 1997, es una obra que nos ayudará a recobrar el paraíso de la infancia a través de un amor adulto que no cierra sus manos al juego de la vida.